

Leoncio Guerrero

La Morena



ROSENDO, anda tú con Juancho y Romo a pescar en mi bote—dijo don José al muchacho.

—De acuerdo, pero no me gusta ir de patrón: los niños después dicen que uno es mandarín.

—¡Qué te importa! De todas maneras recibes la tercera parte de la pesca.

—Y el gallito, por ser el dueño del bote, el diez por ciento, sin ir a arriesgar el pellejo.

—Así es la ley del embudo.

—Lo anchito para los dueños y lo angostito para los pobres.

—¿Y?

Rosendo fué a la cueva a advertir a sus compañeros que a las seis saldrían. Juancho dormía en las pilchas del Pinintra; Romo soplaba el fuego para calentar el agua del té.

—Niños, a los tres nos toca ir esta tarde en «La Elvira» de don José.

—Bien, no más—respondió Romo. Juancho gruñó y se volvió para el otro lado. Rosendo subió a la estación. En Rosa y Lidia bebió unos tragos con Araya, el Arbol viejo, y luego se fué a Cartagena, por el camino de la orilla del mar. Iba con las manos en los bolsillos. El magnífico paisaje de las enormes caletas de Playa Grande y las distancias brumosas de Punta de

Tralca, nada le decían. Iba ensimismado, taimado, con la cabeza baja. La Dolores Rodríguez, la hija del buzo le traía inquieto. Habían sido condiscípulos. La chicuela, vivaz, desenvuelta e instintivamente provocativa, se le entraba por el deseo. Era morena, tostada la faz y siempre vestía de negro, pues siempre había un pariente recién muerto en su larga familia. Los compañeros de Rosendo la llamaban La Morena, identificándola con la tenebrosa anguila negra de mar que envuelve, aprisiona y bebe la sangre de los desgraciados que caen al alcance de sus poderosos músculos, según las leyendas. Y no les faltaba razón a sus amigos. La muchacha lo había cogido entre sus abrazos y ahora le estrangulaba el alma. No era mujer que amase. Era sólo sexo. Sexo parecían sus gruesos labios ardorosos. Hacia el sexo iban sus rudas y macizas piernas, hacia el sexo convergían las miradas masculinas.

Rosendo continuó a Playa Grande. Allí Dolores conversaba con otros muchachos, apoyada de espaldas en una casucha de baño. Lo vió y se hizo la desentendida. Sin embargo se fué acercando a él, poco a poco.

—Rosendo. ¿Por qué no has venido?

—No he tenido tiempo. Estaba pescando... —Le dolían las miradas que lanzaba Lolo hacia donde estaban los otros.

—No me daba la gana—agregó para mortificarla.

Ella no le entendió o no le quiso entender, tan preocupada estaba de sonreír al grupo que parecía aguardarla.

Rosendo sintió una punzada y, temblándole las piernas, se fué al Tropezón. Allí se puso a beber. Dolores corrió a la playa, a mojarse sus pies en el agua. Los mozos, que la acechaban, la siguieron.

Rosendo trataba de conversar, de sonreír, decir garabatos como buen pescador. Pero algo le dolía adentro. Era el desgarramiento de los celos, que atonta y desorganiza todo pensamiento lógico, que vuelve morbosa y cruel la fantasía, que azota la carne burlada. El se imaginaba a la muchacha repechando con los

rivales por los cerros de arena y allí entregarse a sus ansias como una «perra cualquiera». Ella, la Dolores, que él creía había sido sólo de él. ¡Maldita china! La abandonaría en el acto. No le hablaría nunca más. No, él tenía derechos sobre ella, todos los derechos, e iba a llamarla y enrostrarle su porquería y a darle de bofetadas, hasta hacerla caer de rodillas. ¡Ah, sí, era la morena, una monstruosa culebra negra de mar, enroscada en su tranquilidad y en su deseo. Dejó violentamente el vaso y se dirigió a la orilla. Ella adivinó en sus gestos lo que pasaba en el espíritu de Rosendo y tuvo miedo. Los mozalbetes se alejaron disimuladamente.

—¡Perra, culebra!

—¿Qué te pasa, Rosendo?—tratando de abrazarlo.

—¿Qué me pasa... y todavía preguntas?—desasiéndose y arrojándola lejos. Intentó darle de puntapiés, pero se detuvo y se fué hundiéndose con rabia los tacones, que dejaron profundas huellas en la arena húmeda. Una oía se lanzó contra los efímeros testimonios de su cólera y borró todo, alisando una gran superficie para que la pareja que venía desde Las Cruces escribiese, poco después, su ensueño lento y largo.

* * *

Romo y Juancho, remaban con energía. El patrón, Rosendo, sentado en el caperol de popa, movía sabiamente el canalote.

—Vamos mar adentro.

—Sí, lo más que podamos. Por aquí ya no han dejado pescados. Creo que cerca de Pupuya.

Ras, ras, cantaban los remos al rechinar contra los toletes.

Rosendo, serio, fija la mirada en el horizonte, no hablaba. Recordaba la escena de la tarde. Ya se le había esfumado la cólera y empezaba a analizar razonadamente los hechos. Llegaba a perdonar a la muchacha, buscando todos los factores favorables a ella. Mas, luego cedía a la influencia de los celos y hubiera deseado tenerla cerca para haberla golpeado y humillado.

El bote corría, cabeceando al cortar las olas. Una larga fila de toninas pasó cerca, haciendo acrobacias. La costa se em-
pequeñecía hasta convertirse en una lejana silueta gris. Las
masas de mar los rodeaban. Rosendo pensaba que allí estaba la
muerte. Era tan fácil desaparecer, como tantos que no habían
vuelto. ¿Qué era aquel barquito en medio de la tremenda y des-
conocida fuerza que es el océano? Las olas embravecidas tienen
una potencia fabulosa. Recordaba haber presenciado en un
temporal levantar como plumas los colosales bloques de la punta
del molo sur de San Antonio. Había visto cortarse las amarras
de una barcaza como hilo fino de bordar. Había presenciado
lanzarse un vapor enorme contra otro y hacerse pedazos en me-
dio de un terrible estruendo. ¿Entonces, de qué podían valerse
en la débil cáscara de madera de la cual era pomposamente lla-
mado patrón? ¿Cuántos botes habían sido convertidos en as-
tillas en la noche por la proa de algún barco? Sin embargo, no
temía al mar. Si había que morir, sería donde «estuviese escrito».

La noche era oscura. El viento amenazador.

—Vamos que tener que aprovechar la «ardentía» para echar
el espinel.

El mar estaba sensitivo. El menor roce lo había extreme-
cerse en bellos y abiertos tiritones de luz.

—¡Cuidado, miren que en la ardentía se engaña la vista!
¡Todo se ve doble!, —advirtió a sus hombres.

—Sí, ya sabemos.

—Sí, ya sabemos y hace poco uno se equivocó y cayó al
mar.

—Es que estaría aturdido.

El oleaje se hacía más denso. Desde el lejano interior del
océano se oía el quebrarse de las olas.

—¿Estamos ya en el pesquero?

—No, un poco más allá.

Y siguieron bogando, quejándose a dúo en cada esfuerzo.

La proa rasgaba el negro paño de la superficie. Detrás una estela incandescente burbujaba con millones de protozoos.

—El congrio pica muy bajo. Puede ser que con la turbia del río esté menos mañero. Volver con las manos vacías después de este trabajo, sería para llorar a gritos—comentó Romo.

—Así es no más. No nos ha pasado una vez.

—Bueno, aquí podemos calar.

Romo lanzó al agua el extremo del espinel que fué hundiéndose a medida que caía. Cien, doscientos, trescientos... ochocientos metros. Un tarro quedó indicando la posición exacta.

—Fijense: frente a la cruz del sur, en dirección a tierra.

Y siguieron un poco más adentro, a pescar a pulso. Debían esperar hasta la mañana para levantar el espinel. Mientras tanto, aprovecharían el tiempo. Anclaron el bote. El fondo requirió casi los cien brazos de veta.

—Dame un pedazo de jibia. Uno más chico—Rosendo enganchó cuidadosamente la viscosa carnada, largó con fuerzas el anzuelo y dejó escurrirse toda la lienza. Con el brazo levantado aguardaba el estirón.

—¡Ya! —Y empezó a recoger. Apareció al final un congrio bastante grande.

—¡Romo, Romo, pínchalo que se va a soltar! Apenas viene ensartado de la ijeta. —Romo lo aseguró con un gancho y lo tiró al fondo del bote. El pez, herido, frataba de sacarse el fierro con la cola. Rosendo le dió un porrazo en la cabeza con el matador. El congrio coleó por última vez y se quedó quieto. El pescador sintió un secreto placer y sonrió.

Los otros, preocupados sólo de su labor, silenciosos, lanzaban el anzuelo y lo recogían con exclamaciones acezantes de esperanza, de júbilo o desengaño. De cuando en cuando, se sentía el golpe acuoso de un pez al chocar contra las tablas del fondo, y el golpe seco sobre la cabeza que terminaba con la pequeña lucha.

El mar llameaba con cada ola. Al estrellarse contra el flanco del bote, estallaba en bella pirotecnia.

—¡Miren, miren! —gritó Alberto! ¡Hacia adentro!

Como un cuchillo venía algo rasgando la superficie, y pasó muy cerca del bote.

—¡Silencio! ¡No se muevan! ¡Es el tiburón! ¡Nos ha olido! ¡Ojalá no nos sienta!

Los hombres, inquietos, recogieron sus lienzas y se acurrucaron en el fondo. El enorme escualo nadaba en torno, resoplando. De pronto dió un mordisco a las tablas, haciendo tambalearse el barquito.

—¡Diablos, el pícaro tiene hambre!

—¡Silencio, déjenlo para que se vaya!

Allí estuvieron dormitando en el más absoluto silencio, más de una hora. El tiburón debió haber oteado alguna presa más fácil, porque no se le sintió más. Alberto levantó la cabeza:

—Allá va. Se le ve el hilito, no más.

—Estos son muy peligrosos. Tienen doble fila de dientes y cortan a un hombre de una sola dentellada.

—El otro día, cuando volvíamos, encontramos la mitad de una tonina.

—Debe haber pasado por ahí, el rotito.

—¿Saben cómo ataca? Se da vueltas en el momento de morder, rápidamente.

—¡Sch! aquí no es nada, estos son tiburones que andan bandeados. Frente a Guayaquil sí que da julepe. Hombre al agua, es hombre despachado. Cardúmenes siguen a los barcos.

—Bueno, ya pasó el peligro. Sigamos pescando—ordenó el patrón.

Volvieron a la monótona labor de lanzar el anzuelo y recogerlo, sin hablar, sumidos en sus meditaciones o sencillamente absortos en la faena.

—¡Guarda, guarda!—gritó Rosendo.

Al inclinarse para extraer un pescado que venía al final del hilo, su sombra ondeó en el agua. Un ser enorme con gruesos tentáculos se lanzó a atraparla.

—¡La jibia! Miren la graciosa. Quiere comerse tu sombra, Rosendo, mala seña es.

—Déjate de brujerías, idiota. Ya la voy a ver a la niñita. Espérense. —Cogió un anzuelo de siete con un trozo de pescado y lo tiró. El goloso se lo tragó con ansias. Rosendo la alzó en el acto.

—¡Dénle palos! ¡Cuidado!

Romo la remató y el asqueroso ser distendió sus brazos, desinflándose.

—Si te llega a pescar en el mar, te abraza y te lleva al fondo y se da un banquete con tu sangre.

—Pero, a lo mejor se envenena.

—O se emborracha.

Rieron, pasado el peligro. Y de nuevo a la faena de extraer dinero escamoso. No estaba buena, ni mala la pesca: diez congrios, cinco sierras, una lisa, un peje-azul que con su espada hirió a Romo en una mano.

Juancho preparó café y, en un rato de descanso, bebieron comentando el ataque del tiburón y de la jibia.

—¡Y los jutres reclaman cuando el pescado está muy caro!...

—No, los que ganan el dinero sin exponerse a nada son los pulpos de los intermediarios. No tienen más que ir a la caleta y ofrecer lo que quieren. Y uno, ¡qué le va a hacer! Tiene que regalarles casi el trabajo de toda una noche.

—Es que nosotros somos muy brutos. ¿Por qué no formamos una cooperativa de venta y no enriquecemos a nadie?

—Es que, es que somos así los chilenos. Queremos el dinero lo más pronto posible para el trago. Ya ven, ni al sindicato vamos.

—Yo me cabrié. Es pura política, no más.

—Es que vos sos reaccionario.

—Sí, claro, burgués. Por eso vengo a pescar ¿no?

—Somos, sencillamente, indolentes. Eso es todo.

—¿Por qué no le aprendemos a los refugiados españoles de San Antonio? Ellos pescan sólo en verano. En invierno no aso-

man ni la nariz por aquí. Nosotros arriesgamos el pellejo todo el año.

—Sí, y el otro día, no más se ahogaron tres, a pesar de su barco con motor y con tubierta.

—Es que cuando está de Dios que el cristiano muera...

* * *

La noche estaba muy espesa. Aprovechaban la fosforescencia de la ardentía para ver, curvándose sobre la borda a riesgo de perder el equilibrio y caerse al mar.

—Cuidado, Rosendo, no seas atrevido. Mira qué estás aguas están atestadas de animales peligrosos. Ya ves, al tiburón. Puede aparecer la Morena y darte un abrazo con besos largos.

Rosendo se estremeció. —¡La Morena! Recordó la otra morena de gruesas piernas y robustas caderas. La había olvidado. Siempre le sucedía así. Todas las preocupaciones, aún las más hondas quedaban en la orilla, sin embarcarse. El mar, la pesca, los peligros son más que suficientes para espantar toda sombra de dudas, celos, odios, rencores con que los hombres buscan su infelicidad en la costa. Si todo el mundo se ganase la vida en faenas rudas, que exigiesen toda la atención, la convivencia sería liviana y el amor sería una realidad. Estos pescadores eran felices. No se tenían rencores. Buenos, ingenuos, sencillos. Vivían callados, sonriendo, mirando el mar, o añorando sin nostalgias, los días vividos.

Rosendo sólo tuvo un instante, un relámpago de evocación dolorosa. Un congrio le advirtió, a través de la lienza, que aquello era labor de macho, no había ocasión de llorar la hembra perdida. Hizo un mohín fatalista y, después de matar a su filosófica víctima, cuando apareció guiñándole la cola, lanzó otra vez el anzuelo. A poco, sintió que algo tironeaba allí en el fondo. Recogió rápidamente la lienza.

—¿Qué sería?—se dijo. Viene tan pesado y se inclinó.

—No parece pescado. Algo se enredó. ¡Por los diablos, otra jibia deber ser! De todas maneras, va a servir.

Hizo un esfuerzo por levantar la pesca y perdió el equilibrio. Los compañeros se lanzaron a socorrerlo. Pero ya era tarde. Rosendo no nadó, no pudo defenderse. Sus compañeros vieron como la ardentía abría un hueco de fuego para dejar pasar su cuerpo, abrazado por el tronco musculoso, negro y fatal de la culebra de mar.

—¡La morena, por Dios, se lo pescó!—gimió Romo, santi-
guándose.

Rosendo bajaba al fondo del mar en los voluptuosos brazos de la morena, quien para gozarlo hasta la extinción, aplicaba sus múltiples bocas en infinitos besos, largos, sádicos, babosos, sangrantes, distintos de los de la otra morena, cuyos besos, llenos de dientes y de perfidias, no agotaban, no mataban en un espasmo, sino que torturaban el alma y el sueño...